

harian de la tierra un lugar de delicias si fueran mejor conocidas y practicada. Por la fé, nuestro débil inteligencia cree en Dios y en todos los dogmas revelados por Él: la fé en lugar de avasallar al hombre, como algunos filósofos lo creen, lo eleva, al contrario, á toda su excelencia, así como á la certidumbre sobre toda duda, dándole luz sobre todas las tenebras. La esperanza nos sostiene con sus risueños colores, nos muestra al través de las contradicciones de la vida presente, un porvenir más encantador; un mundo mejor, donde la alegría reemplaza á las lágrimas. La esperanza es hermana de la felicidad.

La caridad nos pone en relacion con nuestros hermanos, nos los hace amar y querer. La caridad es la virtud por excelencia, las otras no son más que los escalones para llegar á su objeto; ella es el resúmen de todas; una fé que hiciera trasladar las montañas, una esperanza que trocara las tinieblas en luz, nada serian si la caridad no las animara. La fé es el fundamento, la esperanza el edificio, la caridad el coronamiento del edificio espiritual. Estas tres virtudes son las compañeras del hombre; su escudo, su vida; porque sin ellas el hombre se extraviaría, moriría. De dónde vienen tantas enfermedades sociales é individuales, sino de la ausencia de estas

tres virtudes en el mundo? ¿Qué se ha reemplado en lugar de la fé? La duda, el escepticismo, las angustias de la desesperacion, las convulsiones de la agonía. El egoismo, el ser brutal, único aniquilamiento del hombre, peor que la muerte que ha extinguido toda esperanza, toda caridad en el fondo de los corazones. Pueblo, ¿quieres saber por qué sufres tanto? ¿Por qué sientes aquel mal interior que te devora y envenena todos tus goces? Porque no tienes ni fé, ni esperanza, ni caridad, porque ya no vas tú á tomar tu instruccion, tu doctrina del sacerdote católico; mira á tu derredor, todo es triste, y por eso solo miras la desolacion; el órden social vacila sobre sus bases, los principios mejor establecidos son desconocidos, no hay otra cosa que arregle la conducta del hombre más que el amor propio. Cuando un pueblo ha llegado á un grado de indiferencia religiosa ya no hay más que colocar una mano sobre el corazon la otra sobre sus ojos y aguardar una próxima dissolution. Se habia visto alguna vez la calma en el crimen; pero nunca el embrutecimiento.

Dios ha reunido los hombres en sociedad, donde deben amarse y socorrerse mutuamente como los hijos de una misma familia, que tienen un padre comun. Cada nacion no es más que

una de las ramas de aquella numerosa familia que está esparcida sobre toda la superficie de la tierra. El amor de este padre comun debe ser sensible, manifiesto, reinando inviolablemente en toda esta sociedad de sus hijos muy amados. Cada uno de ellos debe decir al que de él nazca: conoced al Señor que es vuestro Padre. Estos hijos de Dios deben publicar sus beneficios, cantar sus alabanzas, anunciarlo á los que lo ignoran, despertar el recuerdo á los que lo olvidan. Están sobre la tierra para conocer sus perfecciones y cumplir su voluntad, para comunicarse los unos á los otros aquella ciencia y amor celeste. Tal mision, pues, solo se cumple por la fé, la esperanza y la caridad. Efectivamente, todo esta comprendido en estas tres virtudes. Hé aquí toda la ley. Hacer del hombre el ser más perfecto. Su culto engendra la verdadera felicidad del alma. El corazon del que cree, espera y ama, tiene una fiesta continua. Siempre contento de sí y de los otros, marcha con alegría al través de las vicisitudes de la vida, hácia la montaña que corona la ciudad del reposo.

Apoyada sobre estas tres virtudes, la humanidad misma, la sociedad disfruta de la tranquilidad del órden y de la fidelidad á la voz, que

cuando la llama cumple dignamente sus nobles destinos.

Ved por todo lo expuesto, cuán sublime es la doctrina del Sacerdote católico, y cuanto supera á cualquiera. Cuanto el cielo excede á la tierra, así domina la doctrina del Sacerdote á la del hombre.

Sobre esta enseñanza del Sacerdote católico, ved los puntos en que solamente es atacada.

La presencia divina: como si ella no fuera la consecuencia rigurosa y necesaria de la existencia de Dios, que habiendo creado las causas, debe prever sus efectos.—La libertad que resulta de la justicia y la bondad de Dios que no puede dejar de prescribir al hombre deberes que están en su voluntad cumplir.—El famoso *fuera de la Iglesia no hay salvacion*, que es la inevitable y natural consecuencia de la unidad de la doctrina de verdad. Porque ó estamos en posesion de la verdad, ó no: si lo primero, no hay cuestion; si lo segundo, ó es de buena ó de mala fé: si lo primero, no nos inquietamos; si lo segundo, debemos instruirnos para no dudar; y si no lo hacemos, somos culpables, y tanto más severamente condenados, cuanto con más negligencia y descuido rehusamos instruirnos.—El pequeño número de los elegidos; como si no se supiera que

todo el mundo puede hacer parte de ellos, y que de cada uno depende seguirlo, cuando todos y cada uno son llamados.—La eternidad de las penas; y ¿no las encontramos todas enteras en la eternidad del crimen? Por que el desgraciado que muere en la impenitencia final, perpetúa, por decirlo así, con su muerte en el pecado, la malicia del crimen que ha cometido.—El culto, porque se cree deshonorar al hombre, y ser indigno de Dios. [Hablar así, es olvidarse de lo que es el hombre: porque este fácilmente olvida lo que no ve, y el culto exterior con su lengua propia, á la vez única y universal, clásica y sagrada, clara y misteriosa, muerta y viva, inalterable, inmortal, con la pompa de las ceremonias, ¿qué otra cosa es, que un perpetuo recuerdo y un sublime memorial de Dios, de sus atributos, de su acción, de los deberes que prescribe y de las promesas que asegura? Considerado bajo este aspecto, es necesario y fundamental: se identifica con la existencia de Dios, con su palabra, con el dogma, en fin, pues que es para el hombre el solo medio de conservarlo; y considerado así, se confunde con la felicidad y la salud del género humano. (1)

(1) Los más célebres protestantes en Inglaterra, Alemania y otras partes, han sentido la necesidad del cul-

—La confesión: como si ella no fuera indispensable al hombre, precisamente á causa de su orgullo. La naturaleza de la confesión y la humildad que exige su práctica, son los motivos más poderosos de su existencia y necesidad. To-

to católico. Haller á ninguna otra cosa debe haber vuelto al catolicismo, que á las ceremonias católicas. Bolingbroke, como lo refiere madama Necker y Barere, de tal manera le sorprendieron tan agradablemente las ceremonias de la misa, la primera vez que asistió á ella, que en el momento que el arzobispo elevaba la sagrada hostia y todo el pueblo caía de rodillas, dijo en voz alta al que lo acompañaba: *Si yo fuera rey no permitiría esta función á ninguno.* Un filósofo rey, Federico el Grande, hizo una indicación semejante cuando salía de una solemnidad católica en Breslan. “Los calvinistas, dijo, tratan á Dios como á un servidor, los luteranos como á su igual, y solo los católicos lo tratan como Dios.

Para tener una idea del poder de nuestras ceremonias necesario será entrar en una Iglesia católica un hermoso día de una fiesta solemne, el día de Noche Buena, de Pascua Corpus: desafío al hombre más insensible, á ser el de aquellos cuyo corazón con nada se conmueve.

dos los hombres, los filósofos mismos cualesquiera que hayan sido sus opiniones, han mirado la confesion como una de las más fuertes barreras contra el vicio, y como la obra maestra de la sabiduría. «Qué de restituciones, de reparaciones dice Rousseau, ha hecho la confesion entre los católicos.» (1) Segun Voltaire, «la confesion es una cosa excelentísima, un freno para el crimen inventado en la antigüedad más remota, se confesaban en la celebracion de todos los antiguos misterios. Nosotros hemos imitado y sancionando esta costumbre: es muy buena para reparar los corazones ulcerados con el odio, haciéndolos concebir el perdon.» (2)

Sin esta institucion saludable, el culpable caeria en la desesperacion. ¿En qué seno descargaria entónces el peso que agobia su corazon, si aquella no existiera? ¿Seria en el de un amigo? Y ¿quién puede contar con la amistad de los hombres? ¿Tomaria á los desiertos por confidentes? Ellos retumban siempre y repiten con su eco el crimen, cometido, así como otras

(1) Emilio t. 3.º p. 201 en la nota.]

(2) Cuestiones enciclopédicas, t. 3.º p. 204 art. Cura de Aldea.

tantas trompetas, como sucedia á Neron que creía oirlas al derredor del sepulcro de su madre á quien habia asesinado. Cuando los hombres, la naturaleza y la sociedad no tienen piedad, dulcísimo es encontrar un Dios presto á perdonar. Solo á la religion cristiana es dado haber hecho dos hermanas de la inocencia y del arrepentimiento. (1)

En el tribunal de la penitencia el Sacerdote católico es el amigo, el consolador del pecador; ningun crimen puede armar su cólera; depositario de las infinitas misericordias de Dios, su caridad es más grande que todos los crímenes. Al lado del Sacerdote católico. se encuentra no solo el perdon de las faltas, sino que allí se reciben sabios consejos é instrucciones paternales. Dios penetra en el fondo del alma, mientras que su ministro habla, y la paz sucede á los remordimientos, la calma á la inquietud.

El retorno al Sacerdote católico, será el retorno á las sanas doctrinas, es decir, al órden, á la salvacion y á la gloria. El se manifiesta ya en el trabajo que se opera en este momento en la sociedad, despues de haber violentamente

[1] Chatesub Gen. del Crist. t. 1.º c. 6.

perseguido al Sacerdote católico, mirándolo el mundo con indiferencia, más ahora del seno mismo de esta sale una centella de fuego que manifiesta sino amor, al menos benevolencia para con él. Dios quiera que vuelva á conquistar su lugar en medio de los pueblos que esta llamado á esclarecer y dirigir, porque á su elevacion y á su gloria se deberá la rehabilitacion y la gloria de la humanidad.

CAPITULO XI.

HEROISMO DEL SACERDOTE CATÓLICO.

El Sacerdote católico disfrutaba en paz del patrimonio que con su sangre y su genio habia adquirido; respetado de los grandes, amado de los pequeños, seguia el camino y el ejemplo de su Maestro que habia pasado haciendo el bien, cuando fué violentamente atacado, no ya por razonamientos formales, ni por la lógica de Celso, sino por la filosofía burlona de Juliano. Por mucho tiempo combatió estas funestas doctrinas; mucho tiempo antes que estas se manifestaran, señaló al mundo la tempestad que ellas